

Sobre arquitectura popular

ENTRE las últimas casas del Vendrell y la autopista se divisa una tierra de nadie que forma un extenso yermo, antigua tierra de cultivo, en el que sólo destacan unas armoniosas “barraques de vinya”, llamadas, según las comarcas, “barraques de pedra seca”. Cada vez que paso a toda marcha y contemplo aquel baldío con las hermosas construcciones populares, mi sensibilidad cultural se inquieta. No tengo la seguridad, a pesar de que el alcalde es persona que piensa y trabaja por la cultura, que los futuros constructores, cuando llegue la hora de urbanizar el yermo, respeten aquellas construcciones seculares.

Unos kilómetros más abajo, entre viñedos y olivares, y algún algarrobo y almendro, se levantan otras “barraques de vinya” (en un caso hay dos contiguas), bien conservadas también, que todavía tienen la función agrícola de servir de refugio para el propietario y sus herramientas.

A lo largo de un recorrido monótono e impersonal, vemos una muestra patente de una excelente arquitectura popular. Construidas sin cemento, ni tampoco barro —el “ciment d’oreneta” como le llaman irónicamente—, se basan en una técnica que hoy muy pocos conocen (¿queda todavía algún constructor?) y que consiste en ir levantando la barraca y cerrando la cúpula apoyando unas losas o piedras con

otras, sin que ninguna caiga y, en cambio, quedan perfectamente trabadas. Las “barraques de vinya” han merecido en nuestro siglo estudios importantes del arquitecto Joan Rubió, del arqueólogo Salvador Vilaseca, que analizó las del término de Mont-roig del Camp, y del etnólogo Ramon Violant i Simorra, que presentó las de una parte del Bages. Salvador Rovira ha contabilizado unas setenta en su guía de Altafulla y el equipo del “Museu” de Vila-ródona trabaja en el inventario de las de su término municipal.

Conozco mucho menos la cuestión de las casas de pescadores, tema más limitado quizás y cuyo peligro de desaparición es más inminente. Maria Porter i Moix me ha comentado, algunas veces, el valor artístico de ese tipo de construcciones.

Finalmente están las “neveres” o “pous de neu”, ya en desuso, sospecho desde primeros de siglo. Algunas son auténticas pequeñas catedrales y su construcción demuestra unos conocimientos técnicos superiores, quizás, al de las barracas de viña. Ramon Amigó terminará este verano el inventario de los “pous de neu” del Camp de Tarragona y, de momento, no encuentra bibliografía, ni casi artículos de periódico. Yo recuerdo el del Albiol, no lejos de la Font Major; uno en Mont-ral y el que existía en el Mas del Pou de la Neu, no lejos del arruina-

do pueblo de la Mussara. En invierno servían para almacenar nieve que, bien conservada, bajaban a vender a Reus o a otras ciudades. Se trataba de uno de los pequeños negocios que servían para equilibrar la economía de la gente de montaña, tan faltos de recursos dinerarios. He aquí otra muestra de bella arquitectura popular que no puede perderse. En la Riba existe incluso un “pou de gel” donde se helaba el agua, no la nieve. Sospecho que las fábricas de hielo dieron al traste con este pequeño negocio.

“Barraques de vinya”, “pous de neu” y casas de pescadores (a las que Carner dedicó un poema en “El cor quiet”) son un patrimonio cultural que, desgraciadamente, merecen poca atención. Quiero alertar a los ayuntamientos y a los particulares con sensibilidad para que velen por esa arquitectura popular. El abandono de los cultivos y la acción de las excavadores que preparan urbanizaciones son sus dos principales enemigos. Si acaba de publicarse, bajo el patrocinio de una caja de ahorros, un libro sobre arquitectura industrial del que es coautor Corredor Matheos, brindo a los estudiosos esos tres temas, expresión de una sabiduría popular de Cataluña que no encuentra la resonancia que se merece.

ALBERT MANENT